

Los poemas de Ramón Carande

Líneas arriba y meses atrás comentaba un poema supuestamente suyo, del que nada más sé. Hay varios, un tanto ripiosos, muy cariñosos, a Rocío, Victoria, Manuel, sus nietos, cuando niños. Hoy encuentro éste desahogado y sustancial. Así que don Ramón no sólo fue consumidor —son frecuentes los versos que cita en su obra, testimonios de un agudo lector: dos de Goethe, por ejemplo, cierran su lúcida obstinación de Cajal (Lección inaugural de Curso en Sevilla, 1948, luego capítulo, el 15, de *Galería de raros*)— o destinatario, Jorge Guillén le dedicó un poema, o amigo de los poetas (Unamuno, Luis García Bilbao, Paco Vighi, Pedro Salinas, Marquina, Sánchez Mazas, Joaquín Romero Murube, J.G... por citar sólo los desaparecidos), sino poeta él, a su manera.

Hace poco, ordenando sus separatas, las que le enviaron dedicadas, todo un tesoro, encuentro, al azar, en la solapa trasera de una de Amando Melón, «Ritmo de la población de España: posibilidades y problemas», publicada en la *Revista de las Ciencias* (Madrid, XXVIII, 3, 1963), con tinta roja, de propia mano, el siguiente poema en verso libre pero con unidad de origen, destino, tema y destinatario, dedicado a su autor, y buen amigo:

Bajé al mar
a ver el sol,
pero llueve,
llueve, llueve
y aquí estoy
negro, como un calamar
(en su tinta)
ciego, como un caracol
(en su concha)
replegado, cabreado...
Así es que...
¡qué caramba!
paso a paso
y desde esta
(esta es Villajoyosa)
hacia Valencia me voy,
tras el ritmo de la prosa
magistral
que D. Amando Melón
ha ofrecido a D. Ramón.
Con el ritmo que descubre
en la población de España,
hacinada en las ciudades,
en pos de las vanidades
de este mundo,
disipa usted con su pluma
mi disgusto.

El contenido de la separata lo justifica: el autor (1963) ya entiende que «si el movimiento depresivo de los pueblos no se detiene, lleva camino España de perder su *ser* y su fisonomía»... «pues, los municipios disminuidos de habitantes afectan a algo más de las tres cuartas partes del territorio español»... y «el crecer de las capitales y de otros núcleos de su población sólo en parte puede compensar la merma de habitantes producida por el decaer de los pueblos rurales»... ya que «la ciudad cuanto mayor y más absorbente, acompleja más sus problemas de servicios, de viviendas, de comunicaciones, etc.,... dificulta más la vida humana de relación, atosiga más a sus residentes y... es como sumidero que recoge aguas puras y fecales.»

Amando Melón y Ruiz de Gordejuela —¿se contaba entre sus antepasados el famoso abate Melón, se pregunta García Gómez en su necrológica (*BRH*, CLXXII, II, 1975)?— geógrafo hijo de geógrafo, catedrático (Valladolid, Madrid) y académico de la Historia (Zaragoza 1895-Madrid 1975), también entreveró la Historia en sus afanes, y en su vida la calidad con la calidez. Fue buen amigo de R. C. Cuando alcance —casi desde donde esto escribo los contemplo— los 36 archivadores repletos de las cartas que recibió mi padre (sólo de 1940 hasta su muerte), tarea que pospongo a otras tuyas más acuciantes, seguro que encontraré las de don Amando; y con ellas posiblemente se incremente el interés, ya de por sí (y por obra de Gonzalo Anes) manifiesto de la relación de don Ramón con la Academia, y la significación humana de ese geógrafo al que dedicó un poema.

Bernardo Víctor Carande



Leopold von Ranke